



Pocholo 10 CIMS.

Año I

Redacción y Administración: Casanova, 55 y 57 - Barcelona

Núm. 6

Pilarcita estrena un traje



Pero ten cuidado con el vestido; como te lo manches te quedarás sin cenar. —Pierde cuidado, mamá, que ya procuraré no manchar-



Pilarcita había estrenado un vestido preciosísimo y para celebrarlo pidió permiso a su mamá, doña Clotilde, para ir a pasar el día con su amiguita Popó. —Bueno, vete — le dijo su mamá. —

me — prometió Pilarcita. — Y seguidamente salió de casa mas contenta que "chupilla" para dar envidia a su amiguita con el vestido que había estrenado. Llegó a casa de ésta, poniéndose a



jugar en el jardín y como que tenían que enredar con tierra, agua y otras materias atentatorias a la limpieza, Pilarcita decidió quitarse el vestido para evitar el mancharlo, quedando mientras tanto en enaguas y colocando el trajecito en una cuerda puesta entre dos árboles del jardín; pero no había contado con que mientras jugaba confiadamente porque



creía segura su adorada prenda de vestir, el perro Tom, propiedad del dueño de la Villa Marutuna, se lo había magullado mondo y lirondo. Pilarcita, cuando se hubo enterado de la catástrofe, estuvo a punto de desmayarse o de suicidarse, pero se acordó que tenía en su secretaire unos deliciosos bombones y que valiéndose de una arti-

maña lograría engañar a su mamá y cenar aquella noche, y desistió de tan siniestros propósitos. Llegó a su casa en enaguas y ante la extrañeza de su mamá, le explicó: —Me dijiste que cuidara de no traer ni una sola mancha y así lo hago, mamaita.



En su diario paseo los esposos Fuentes ven siempre a un mendigo con aspecto todavía saludable y joven, que está pidiendo limosna. Un día le preguntan: —¿Pero buen hombre, por qué no trabaja V. siendo todavía joven? —Me es completamente imposible —respondió el mendigo. — Ante tan contundente respuesta

los esposos Fuentes dejan de insistir. Otro día, sin embargo, debido a que llueve copiosamente, le dicen: —¿No sería mejor que trabajase en lugar de estarse aguantando esta lluvia? ¿Qué es lo que no le deja? — Responde el mendigo: —La falta absoluta de tiempo, porque el mendigar me absorbe todo el día.



Don Sisebuto, que hacía algún tiempo que padecía del estómago, fué a consultarlo a un médico y éste le dijo:

—Sujétese en un todo a mis instrucciones. Vida higiénica y nada más que un cigarrillo después de las comidas.



Unos días después:

—¿V. por aquí? ¿Cómo se encuentra?

—Muy bien. Solamente que eso de los cigarrillos me molesta un poco. ¡Como yo no fumaba!

Menos mal que D. Sisebuto, haciendo el sacrificio de fumar un pitillo después de cada comida había mejorado.

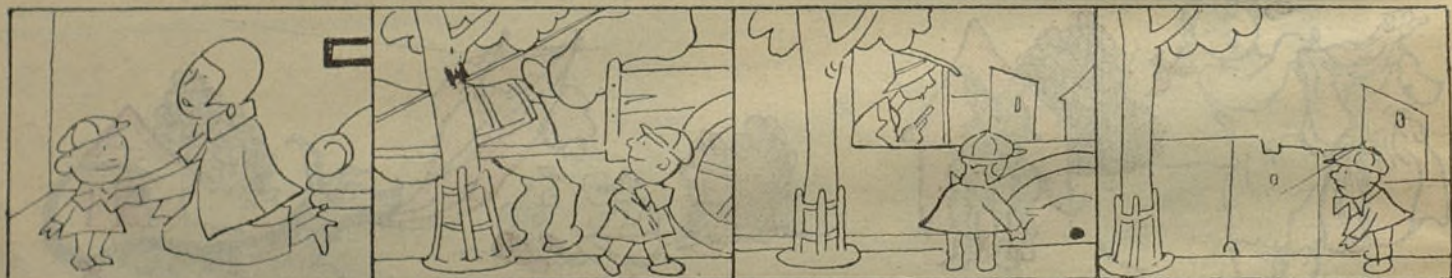
El capitán y el soldado



El capitán al soldado: —¿Sabe V. leer y escribir? —Leer, no señor; escribir. —¡Hombre! Esta sí que es buena. ¡A ver, escriba! — (El soldado garrapea en un papel). —Ya está, mi

capitán. —Eso no hay quien lo entienda. Léalo usted. —Ya le he dicho, mi capitán, que no sabía leer.

LA OBEEDIENCIA DE JUANITO

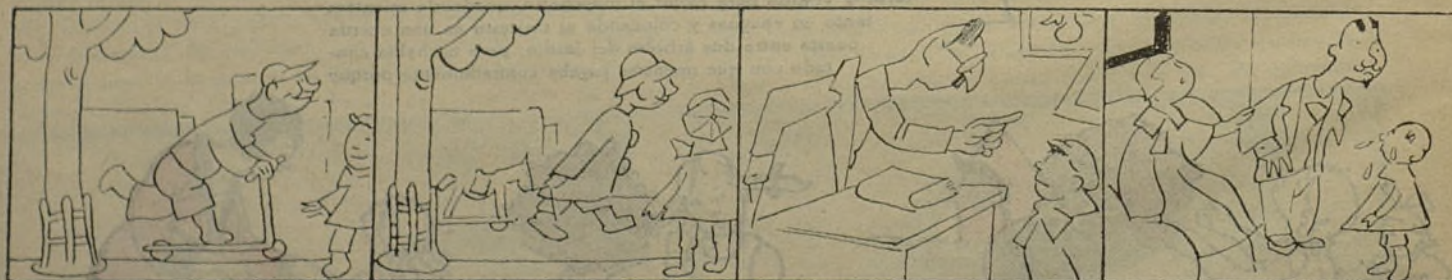


Antes de salir para el colegio, la mamá peina a Juanín, le arregla el vestidito y le advierte que no atraviese la calle si pasa algún vehículo. Sale a la

puerta muy arregladito Juanín y lo primero que ve es el carro de la basura y, como es natural, Juanín no pasa, cumpliendo así la indicación de su mamá. Lue-

go es un auto el que le interrumpe el paso y Juanín tampoco atraviesa el arroyo por miedo a ser atropellado. Viene otro vehículo y Juanín, obedien-

te siempre, espera también a que pase, porque como lleva mucha velocidad cree que hay peligro. Esta vez es un patinete el que impide que Juanín llegue



a tiempo al colegio. Y vaya una gracia que le hizo verlo pasar. A todo esto pasan las horas y los vehículos siguen pasando, pero Juanín no pasa, aún a pe-

sar de que se le hace tarde para ir al colegio. Por fin pasa... pero el maestro, que no se fía mucho de las excusas que dan los chicos, no se lo pasa, y le

da una recomendación para sus padres para que pase un mal rato. Los papás le amonestan y le echan en cara su falta de puntualidad. Entonces Juanín

dice que otra vez, aunque pese a su mamá, pasará, pase quien pase.

ASISTENTE LISTO

El comandante Don Juan Matarrratas tenía infinitas ganas aquella noche de ir al Teatro Robespierre para encontrarse con sus amigos. Antes de decidirse a ir al teatro envió al asistente y le dijo:

—Vete al teatro Robespierre y en el vestíbulo encontrarás unos lettereros que empiezan con

“¡Hoy!” en letras grandes y te enteras de las funciones que ponen y vienes enseguida, lo más pronto posible, a decírmelo para si son buenas que vayas a tomar inmediatamente las entradas.

Robustiano, el asistente, obedeció al instante, pero en cambio no estuvo de vuelta hasta después de dos horas cuando ya se le había agotado la paciencia

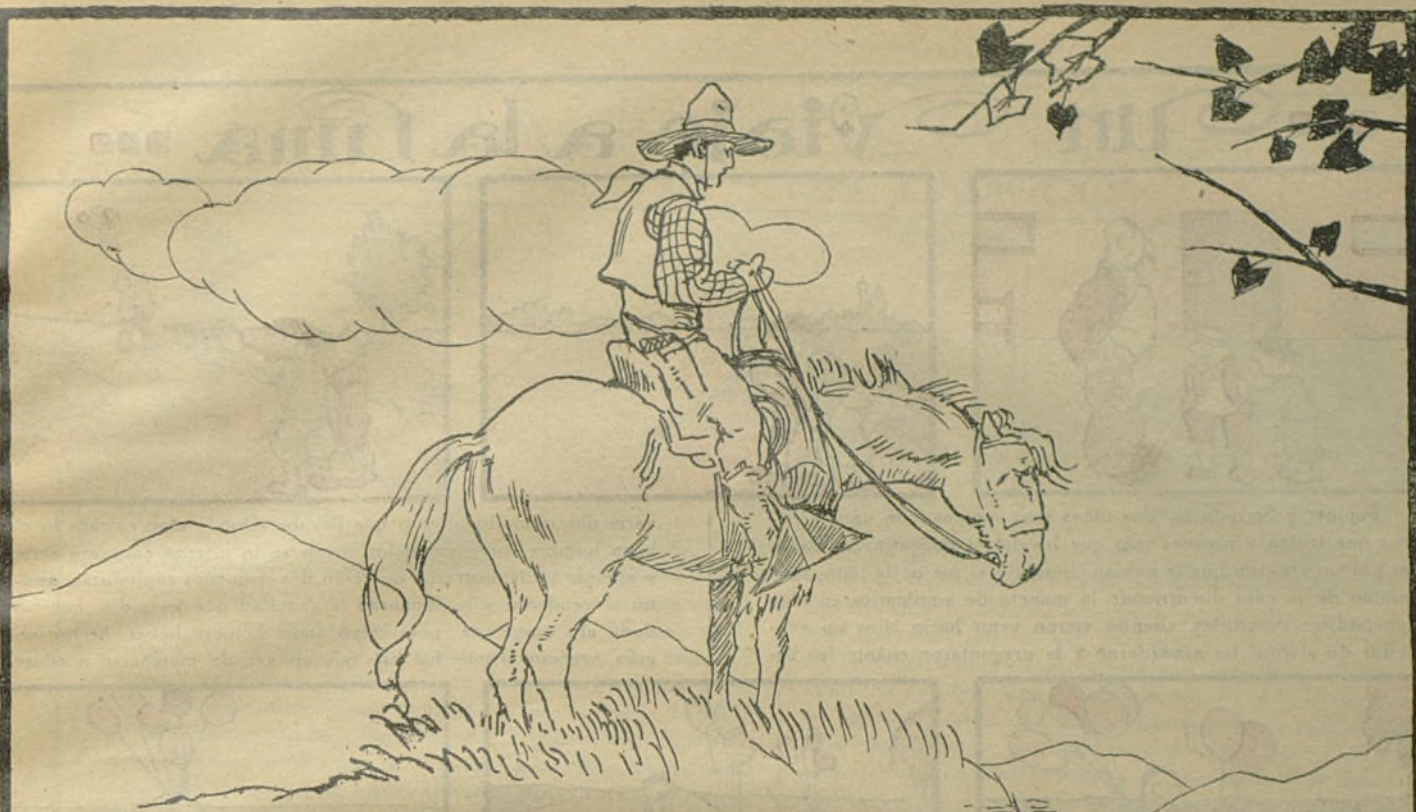
al comandante Tronera y Calavera.

—¡Pero vamos, hombre! ¿Dónde diablos te has metido tanto rato? le preguntó éste a Robustiano.

—Pues ya verá, mi comandante, la cosa es, que no me “acordao” de “icirle” que no sé de leer y claro, después de que he “estao” dos horas sin acertar lo que estaba “escribido” en

aquellos “endiablaos retulos” he “preguntao” a un chaval lo que ponía en las letras más grandes que debían ser las que “dician” las funciones y según “ma” dicho “icía así” mismo: “Exito, éxito, éxito”.

Excuso decir que el respetable comandante quedó tan enterado como al principio, gracias al espavilado asistente que le servía.



EL VALEROSO DETECTIVE

(Continuación)

—Tú eres el bandido que asalta las diligencias y el mismo que ayer atracó al señor Valcamp — dijo el sherif, que en aquel momento salía de su oficina y apuntaba al recién llegado con su pistola.

—Vamos, hombre — contestó Stone Red—. Demasiado sabe usted que lo del señor Valcamp no es cierto; tanto, que usted mismo estuvo ayer en su casa y no le dijo nada.



—¿Y ahora, lo negarás? — interrumpió el sherif mostrándole una fotografía del grupo que ya conocemos.

Stone Red se echó a reír.

—Ríe cuanto quieras—exclamó el sherif—, pero, por de pronto irás a dar con tus huesos en la cárcel.

Y uniendo la acción a las palabras le colocó la mano sobre el hombro empujándole hacia el interior de la casa de donde había salido.

—Bien — dijo Stone Red—, ¿se puede saber de qué se me acusa?

—Demasiado lo sabes, perillán. ¡Y a fe que no tenía pocas ganas de echarle la vista encimal...

—Es decir ¿que se me prende sin motivo alguno?

—¿Para ti no es motivo alguno haber desvalijado por espacio de un año a todo el que pasaba por la carretera? ¿Ni tampoco es motivo el que te hayan sorprendido asaltando a un pobre anciano? Ya ves, la única vez que te has atrevido a operar sin antifaz, has caído. Eso demuestra que eres más tonto de lo que me figuraba.

—Bueno, al final ya veremos quién es el tonto y quién es el

listo. sherif. ¿Usted cree que, en conciencia, debe detenerme? Pues hágalo, porque esto me demuestra una cosa que sólo sospechaba y a usted debo agradecerle esta certeza.

—¿Qué dices, deslenguado?

—Nada, que cumpla usted con su deber.

Estas palabras sacaron de tino al sherif y le enfurecieron de tal modo que, a empujones metió al pobre Stone Red en una estrecha celda.

El enigmático personaje, que de tal modo había provocado la ira del funcionario público, debía ser muy valeroso o bien estaba muy seguro de sí mismo, porque ni las voces, ni los ademanes, ni siquiera los empujones del sherif consiguieron hacerle perder la impassibilidad.

Sentóse, pues, en el duro banco, que más tarde habría de servirle de cama, y adoptó su actitud favorita de meditación.

Mientras tanto, el pueblo, previamente preparado por el sherif, que estaba orgulloso de su servicio, rugía a las puertas del cascho de madera en que estaba encerrado el mísero Stone Red, y pedía a grandes voces tomarse la justicia por su mano.

El sherif se defendía débilmente de estas pretensiones y hubiera acabado por acceder a ellas, a no presentarse Juan Valcamp, a quien un vecino había informado de las últimas novedades.

—Os equivocáis, muchachos, Stone Red no es culpable de lo que le acusáis, por lo menos en lo que a mí se refiere. Es cierto que aparecemos en un grupo malhadado y que la fotografía es auténtica, pero os juro, por mi honor, que todo fué una comedia para que mi hija pudiese pintar un cuadro, que podéis ver en casa.

—¡Fuera! ¡Fuera, el encubridor! ¡Tú le tienes miedo y por eso le defiendes, pero a nosotros no nos engañas.

Juan Valcamp creyó más prudente retirarse, pero no sin advertir antes al sherif que si entregaba el preso al populacho, le acusaría de cómplice de un asesinato ante las autoridades superiores, razones que debieron pesar en el ánimo del funcionario, porque aconsejó a la multitud que se retirase, asegurando que se haría justicia.

El pueblo vociferó aún un rato, pero por fin dejó el campo libre, quedando sólo algunos descontentos o curiosos que continuaban comentando lo ocurrido, aunque en forma más pacífica.

El sherif, por su parte, después de encargar la vigilancia del preso a dos de sus dependientes, había montado a caballo, saliendo nuevamente del pueblo.



(Continuará)

Un Viaje a la Luna



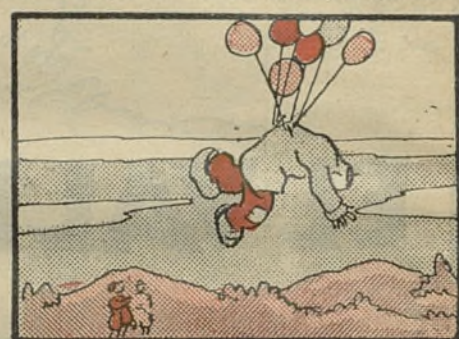
Pepinet y Serraduras, dos niños muy amigos, con unos céntimos que tenían y algunos más que les dió el boticario Sr. Baltasar por un encargo que le habían cumplido al pie de la letra, iban camino de su casa discuriendo la manera de emplearlos en algo que pudiese divertirlos, cuando vieron venir hacia ellos un vendedor de globos. Le aguardaron y le preguntaron cuánto les lle-



varia por todos los globos que llevaba. Quedó algo extrañado el buen hombre, pero como los chicos se lo dijeron con cara seria y además le demostraron que eran dos pequeños capitalistas, asintió el vendedor y le abonaron la cantidad que les pidió, que sin duda era exagerada, pues creyó aquel hombre haber hecho un gran negocio. Tanto fué así, que en vez de marcharse quedóse



absorto contemplando el dinero y convencido de que había engañado a los dos niños, exigiéndoles mayor importe de lo que valían los globos. Pepinet y Serraduras, que rápidamente habían concebido el plan para divertirse, se aprovecharon de que estuviese distraído el vendedor y le ataron detrás de la americana todos aquellos globos, que se elevaron rápidamente, llevándosele cami-



nto del cielo. Los dos amiguitos contemplaron con gran alegría, durante un buen rato, la ascensión inesperada de aquel vendedor, que con tan poco escrúpulo les había timado algunas perras, y ya satisfechos y contentos se encaminaron a otro paraje cercano dispuestos a comerse tranquilamente unas frutas y dulces que también habían comprado antes. Preocupados los dos muchachos en



escoger un sitio cómodo para hacer su merienda, ni se acordaban ya de su hazaña, pues creyeron ellos que aquel aeronauta, al dejar de divisarlo, ya debía haber llegado a la Luna o quizás los peces del Mar Pacífico se lo habían engullido. Llegaron, pues, Pepinet y Serraduras donde había un frondoso árbol, debajo del cual



les pareció estar mejor resguardados del calor y sacaron sus provisiones, pero cuando se disponían a probar bocado, hete aquí que un bólido en figura de hombre se les cayó allí mismo, causandoles el natural espanto. Sucedieron a aquello unas detonaciones y entonces fué mayor el asombro de los dos muchachos. Re-



puestos del susto se dieron cuenta de que aquel paquete que les había caído del cielo no era otra cosa que el vendedor de antes y que las explosiones habían sido producidas por los globos al reventar contra el suelo. Aquel hombre se había llevado un susto mayúsculo cuando se vió remontado por los aires y ello fué el cas-



tigo de haber querido timar a los dos niños, pero éstos también tuvieron el mayor de los espantos por efecto de una de sus muchas diabluras. Pudo el hombre levantarse al poco rato, a pesar de su magullamiento, y mal lo habrían pasado los dos traviesos muchachos si no salen a escape, cual si les persiguiera una fiera.

LA MINA DE WALTER-ENCUNFF

CAPITULO III - UN LADRIDO



Se hizo completamente de noche. Sólo eran iluminados por la luz de la luna que brillaba con todo su esplendor. Terminaron de andar los cinco kilómetros de carretera y empezaron una ascensión accidentada de rocas y montículos cada vez de mayor altura y que eran las faldas de la cordillera en cuestión. Sabían que se hallaban en el lugar nefasto de las desapariciones. Si ellos estaban llamados a seguir el mismo camino que la otra docena de niños, pocos pasos les separaban de correr tal suerte. Constantemente, y a pesar de la claridad de la noche, hacían actuar las lámparas eléctricas, que

las dirigían a los espesos matorrales y grandiosas rocas que dibujaban fantásticas sombras que les hacían estremecer. De pronto quedaron sobrecogidos y sorprendidos por un próximo y formidable ladrido de un perro lobo. El silencio que les rodeaba hizo aumentar su potencia y el eco lo repitió sonoramente. Quedaron como estatuas clavadas en la yedra del sendero. Poco a poco fueron agachándose los tres sin mediar palabra y como dominados por un ser invisible... ¡era el miedo que se apoderaba de los tres intrépidos jovencillos! El aullido se prolongó, pero no pasaba de ser el ladrido



de un perro que siempre se sentía a la misma distancia. Ello contribuyó a que se serenaran un tanto, teniendo tiempo entonces de coger con la mano derecha el revólver, el cuchillo en la boca y, la lámpara en la mano izquierda, prontos a hacer jugar tales objetos. Parecía que algo extraño se oponía a seguir el camino. Permanecían los tres silenciosos, alineados de rodillas, sentados en sus pies y apoyados en un pedrisco. Jack rompió el silencio con voz sonora y detonante: —¡Sigamos! No es nadie, será el perro de algún leñador o alguien que habite por aquí. El perro debe estar atado, porque

si no habría venido a nuestro encuentro y, por lo tanto, no le debemos temer. ¡Adelante! Las vibrantes palabras del jefe de la expedición hicieron volver un poco en sí a los dos amigos, que se hicieron cargo otra vez de su aparente tranquilidad y valentía. Se levantaron y continuaron ascendiendo, agarrándose a los pedriscos salientes y haciendo rodar bajo sus pies piedras y cascajo que caían estrepitosamente en el vacío. Poco a poco fueron llegando a cierta altura y se dispusieron a descansar, de las fatigas del viaje. Estaban cansados, agotados de tanto andar, subir y bajar y todavía lleva-



ban en el cuerpo el sobresalto que les produjo el inesperado ladrar de un can. A lo lejos, y allá, abajo, se distinguían, las diminutas e innumerables luces de la ciudad. Llegaron a una pequeñísima meseta separada del resto de las montañas y buscaron amparo al apoyo de un peñón de gran tamaño que de la meseta partía, formando como un puente hasta un pico de gran altura próximo al lugar. El peñón estaba completamente cubierto de hierba y arbustos, parecía como si hubiesen preparado expresamente algunas plantas trepadoras para hacer desaparecer, ante la vista todo vestigio de roca. Se senta-

ron de espaldas y mientras contemplaban a lo lejos el espectáculo nocturno de la ciudad en medio del valle frondoso en el que estaba enclavada y el firmamento cubierto de estrellas con sus vibraciones periódicas, deshicieron las mochilas y sacaron algunos alimentos que pronto hicieron desaparecer con gran apetito, bebiendo luego vino, que les alegró un poco y les hizo olvidar los peligros de la aventura que habían comenzado — Fin del capítulo III.

El próximo capítulo se titulará "En poder del Dr. Magnus



ORIGEN DE LOS CASCOS DE GUERRA



Por los monumentos antiguos se viene en conocimiento de la costumbre que ya tenían los hombres de armas de otras edades de cubrirse la cabeza con un objeto de material resistente y defensivo, para resguardarse de los golpes de sus adversarios. Tal ha sido el origen del casco.



—Dispénse, ¿cuánto vale cortar el cabello?
—Una peseta.
—¿Y afeitar?
—Treinta y cinco céntimos.
—Bueno, hágame el favor de afeitar mi cabello.

EL PEZ DE LOS OJOS FAROS



En las islas Molucas, habita el extraño pez fotoblefón, el cual tiene un extraño poder fosforescente en los ojos que emana de sus ojos nidintenarios.

EL BUEN VINO



—¿Qué le parece a usted mi vino?
—Excelente... Espero me regalará unas cuantas botellas para hacer conserva de pepinillos.

Una gota de sangre, tarda veintidós segundos en recorrer todo el aparato circulatorio.

NUEVO RICO



—Con este coche podrá subir las cuestas en tercera.
—¡Ah! No me conviene, yo estoy acostumbrado a ir siempre en primera.

TENÍA RAZÓN



—Si continuas siendo invariablemente el último de la clase, es seguro que no tendrás premio alguno.
—Sí, papá; el premio de perseverancia.



Los gatos no pueden ver en las tinieblas.

Con la sal que tienen las aguas del mar, se calcula que se podrían cubrir doce millones de kilómetros cuadrados de tierra con una capa de sal de 1.800 metros de espesor.



—Agárrate bien, Chicha. He atropellado algo y ahora nos llaman.



1.º Los hombres primitivos no se preocupaban, como nosotros, del tiempo. Se levantaban cuando salía el sol y se acostaban cuando venía la noche. Durante el resto del día sabían que éste se hallaba en su término medio cuando el sol ocupaba el zenit, y cuando lo veían hundirse en el horizonte, se iban a sus cavernas o a sus chozas.

2.º Más tarde, el hombre primitivo se fijó en la sombra proyectada por su lanza hincada en tierra. Es así, probablemente, como surgió la idea del más antiguo de los relojes, el reloj de sol o cuadrante. Pero este reloj ofrecía y ofrece el

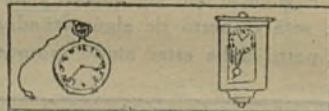


grave inconveniente de no marcar las horas durante la noche ni en aquellos días o momentos en que no sala el sol.

Un paso más, y he ahí inventado el reloj de agua, que ha existido durante más de cuatro mil años entre los pueblos de Oriente. Dicho reloj consistía en un depósito lleno de agua, en cuya superficie un flotador graduaba, a lo largo de una rasilla el transcurso del tiempo.

Un orificio en el fondo del depósito permitía la salida gradual del agua, haciendo descender el flotador a lo largo de la rasilla graduada.

Luego se inventó la de piedra o reloj de arena, algunas de cuyas formas subsisten todavía para el computo minucioso de los



baños o para medir los tres minutos y medio de los huevos pasados por agua.

El reloj mecánico que nosotros conocemos, y que es obra de nuestros tiempos, por decirlo así, fué sugerido por el pulso humano. Si conocemos la proporción de nuestro pulso, podemos fácilmente medir un minuto de tiempo. Y en cuanto al péndulo, es posible que su idea viniera al inventor contemplando el ir y venir de la plomada de un albañil. Pero el gran invento es el reloj de bolsillo, que a pesar de lo diminuto de su maquinaria, regula el tiempo.



El salmón navega con una velocidad de tres kilómetros y medio por hora.

NOTA CÓMICA



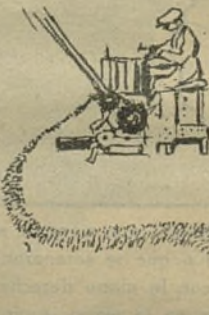
El lechero nuevo que antes ha sido vendedor de periódicos.

Si un viajero se propusiese recorrer todas las calles y plazas de Londres una tras otra sin atravesarlas más que una vez, tendría que andar diariamente diez y ocho kilómetros durante nueve años, antes de terminar el viaje.

EXAMEN DE HISTORIA

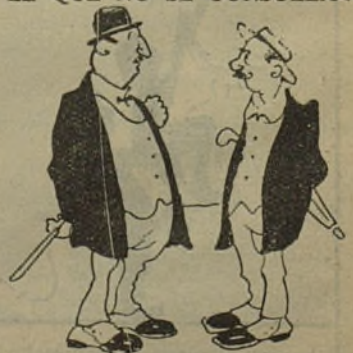
—¿Puede decirme algo de doña Juana la Loca?

—No señor, nunca me ha gustado meterme en vidas ajenas.



Hace cien años se consideraba como maravilloso el hecho de que diez hombres fabricasen 48.000 alfileres en un día. En la actualidad sólo tres hombres fabrican siete millones y medio en igual tiempo.

EL QUE NO SE CONSUELA...



—Perfectamente. Yo sostengo que sin dinero no se puede hacer nada.

—Perdone usted, se pueden hacer deudas.

El faro más potente del mundo es, sin disputa alguna, el de Fire Island (Isla del Fuego), que ilumina la entrada del puerto de Nueva York. Su fuerza luminosa equivale a 250 millones de bujías, y es visible a 150 millas de distancia.



Concurso núm. 1 SOLUCIÓN

La región cuyo perímetro había trazado Pocholo es Aragón. Vedlo aquí con indicación de los recortes juntados debidamente.



En vista de que este concurso ha despertado mayor interés del que esperábamos, habiendo sido muchísimos los concursantes que han enviado la solución exacta, "POCHOLO", en atención a que se trata del primer Concurso ha ampliado por esta única vez el número de premios para que de este modo pueda ser mayor el número de favorecidos.

Verificado el sorteo ha correspondido la pelota de fútbol al niño Antonio Arcos, calle Isaac Peral, 4, — Albacete; la muñeca a la niña Beatriz Puig, calle Bailén, 19, 3.º, 1.ª — Barcelona; y un lujoso libro de cuentos con tricromías y dibujos a cada uno de los niños siguientes:

Jaime Bach Sanahuja, de Sabadell (Barcelona). — Andrés Fosses, de Barcelona. — F. Garcés, de Barcelona. — Ramón Sullá, de Tremp (Lérida). — José Ibargüen, de Zaragoza. — Rosendo Gelonch, de Tremp (Lérida). — José Espinach, de Sabadell (Barcelona). — Víctor Manuel Estarredro, de Zaragoza. — Antonio Farrás, de Sabadell (Barcelona). — Rafael Solé, de Tremp (Lérida). — Marcelino Alemany, de Sabadell (Barcelona). — José Sánchez, de Mérida (Badajoz). — Antonio Manzano, de Gavá (Barcelona). — Pedro Conesa, de Barcelona. — Gerardo Morales, de Valencia. — Gil Torres, de Jaén. — Antonio Gallifa, de Clot Barcelona. — Cayetano Martínez, de Barcelona. — Zoilo Martín, de Elche (Alicante). — José Agustí, de La Bisbal (Gerona). — Arturo Ballester, de Valencia. — Gregorio Estarredro, de Zaragoza. — Martín García, de Madrid. Flabiano García, de Madrid. — Pepito Muntaner, de Vich (Barcelona). — Aurelio Martínez, de Pueblo Seco (Barcelona). — Joaquín Gadea, de Barcelona. — Pedro Cano, de Clot (Barcelona). — Francisco Aguilar, de Clot (Barcelona). — José M.ª Oreña, Torrelavega (Santander). — Gabriel Sierra, de Caspe, (Zaragoza). — Damián Valdepérez, de Amposta (Tarragona). — Julio Vidal, de Malgrat (Barcelona). — M. Sánchez, de Tetuán (Marruecos). — Victoriano Sánchez (Málaga). — Amadeo Figuerola, de Alicante. — Eugenio Padrino, de Guadalajara. — Leopoldo Quiles, de Valencia. — Max García, de Barcelona. — Sacramento Felipe, de Córdoba. — Francisco Muller, de Elche. — Enrique Rivero, de Las Palmas. — Pedro Durán, de Caldas de Montbuy. — Lola Soler, de Tremp. — Francisco Torra, de Santa Coloma de Farnés, y Eduardo Sollet, de Torrelavega. — Pedro Aroza, Caldas de Montbuy (Barcelona).

Los indicados premios se remitirán por correo.

En la célebre batalla de Bailén pidió un francés la vida a un paisano español, que sabía batirse como un héroe, pero que por lo demás no le sobraba nada de inteligencia.

—Francés — le contestó el paisano —, pídemelo lo que quieras, que soy generoso y te lo concederé, pero pedirme a mí la vida cuando tu eres el vencido,

ya conoces que eso no te lo debo conceder, porque es pedir gollerías.

Los mejores limones del mundo son los de Sicilia.

Las fábricas de algodón de Sanchhire producen cada seis segundos una hebra suficiente para rodear al mundo.

UNA LAGRIMA DISECADA VISTA CON EL MICROSCOPIO



Las lágrimas fueron analizadas por Foneroy y Vauquelyin. El agua constituye el elemento principal de ellas. Esta agua contiene en disolución algunas centésimas de la sustancia animal denominada "mucus", además, una pequeña proporción de sal marina, de sosa, de fosfato de cal y de sosa.

CHISTE

—Erneguncia ha cumplido ayer treinta años.

—¡Ah, con que por fin se decidió!

En el Museo británico se conserva el libro más valioso del mundo. Es el Códice Alejandrino, cuyo valor se estima en 2.875.000 francos.

OSO POLAR



EL ULTIMO DESEO



El confesor. — Hijo mío, ya sabes que la ley concede a los condenados a muerte la satisfacción de un deseo.

El reo. — Bien, padre; yo quiero aprender el inglés.

El oso polar se alimenta de morsas, focas, y es tan fuerte y atrevido que ataca muchas veces a las mismas ballenas.

Concurso núm. 2

HELIOTROPO
VIOLETA
GERANIO
MUGUET
AZUCENA
GARDENIA
MAGNOLIA

Escoged, niños, una letra de cada uno de estos nombres de flores por el mismo orden en que están escritos y sin alterar los componed el nombre de un reptil.

Premios para este concurso. — A los niños: Una elegante caja de pinturas a la acuarela con tubos, pinceles, etc. y cinco libros de cuentos con tricromías y dibujos.

A las niñas: Un bonito cesto para labores y otros cinco libros de cuentos.

Condiciones. — Podrán tomar parte en este concurso todos los niños y niñas que compren POCHOLO, siendo indispensable nos remitan las contestaciones antes del día 30 de Diciembre de 1931, acompañadas del boletín que va al final.

Cada niño o niña podrá remitir el número de contestaciones que tenga por conveniente, siempre que cada contestación vaya acompañada de un boletín.

Cuando sean varios los concursantes que nos manden la solución exacta de un concurso, se sortearán los premios entre los mismos.

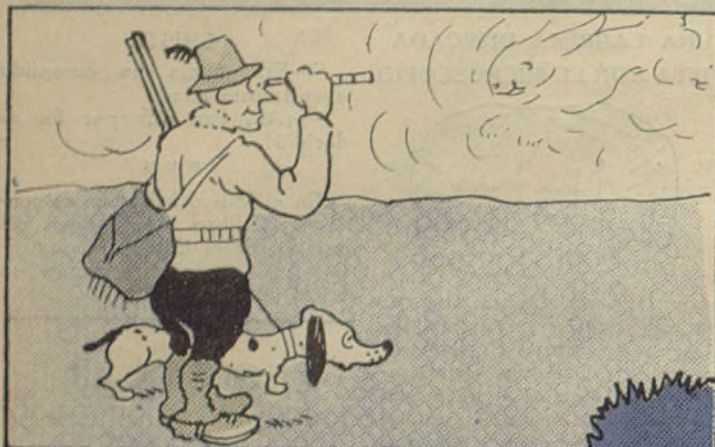
El Nilo es el único río del mundo que recorre cerca de 3.000 kilómetros sin recibir agua de ningún afluente.

Los ingleses sólo conservan cuatro cañones de los que emplearon en el combate de Trafalgar.

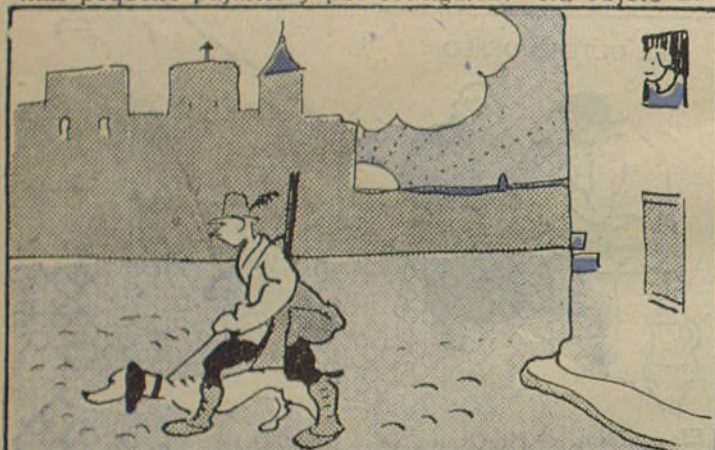
BOLETÍN

que debe acompañarse a cada solución que se nos remita para el Concurso n.º 2 de POCHOLO

EL INGENIO DE UN CAZADOR



El pobre Nicanor era muy aficionado a la caza, pero nunca había conseguido llevar a su casa ni siquiera el más pequeño pajarito y por consiguiente era objeto de



te ofrezco traer hoy un conejo muerto por mí de un tiro o dejo de ser quien soy. Dicho esto, cogió su flamante escopeta de dos cañones y salió precipitadamente



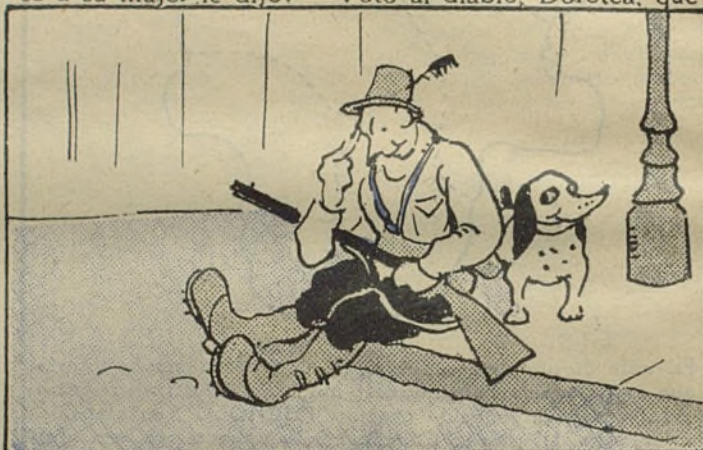
hacerlo para no quedar en ridículo, pero como Nicanor no era tonto, se le ocurrió una idea genial. Se dirigió a una tienda y compró un hermoso conejo vivo. (¡Có-



escopeta, la apoya sobre una piedra para mayor seguridad y a dos palmos del pobre animalito dispara y plúm... nuestro hombre cae de espaldas. Se levanta,



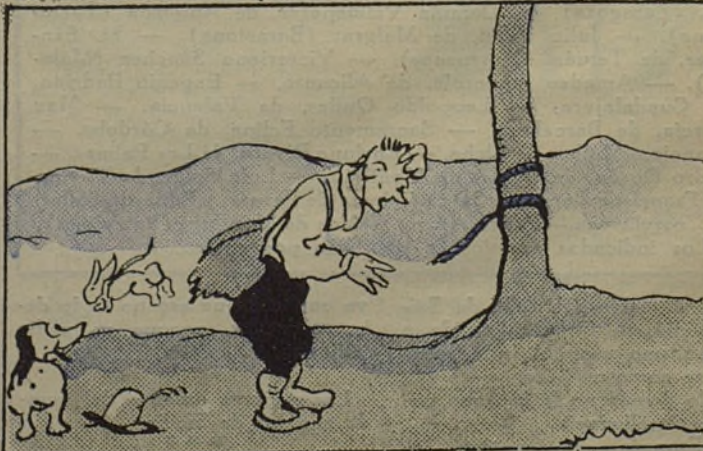
las burlas de su mujer y de sus amigos. Tan exasperado traía esto al infeliz cazador que un día dirigiéndose a su mujer le dijo: —Voto al diablo, Dorotea, que



te de su casa, dispuesto a cumplir su palabra. Pronto sabrían los que de él se burlaban si era o no buen cazador. Una vez solo, empezó a discurrir cómo podría



mo olfateaba el perro de Nicanor aquella pieza!). Se lo llevó al bosque y lo ató con un fuerte lazo al tronco de un árbol. Dispuesto todo de este modo, carga su



mira, y ¡oh desdicha! el tiro había ido derecho a cortar la cuerda. D. Nicanor tenía mala puntería y mala pata.